

11249

55-6 June 27/68

TEATRO CÓMICO.

RONCAR DESPIERTO.

Los derechos que han de cobrarse por cada representacion de una de las piezas del «Teatro Cómico,» son

En los teatros de primera clase.....	30 rs.
En los de segunda.....	20
En los de tercera.....	10
En los demas teatros, sociedades y cafés.....	8

66

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

L47 - 5719

TEATRO COMICO

BOGAR DESPIERTO

Los señores que van a teatro por esta representación de la obra de teatro "Bogar Despierto" en el teatro "El Comico" en la noche del día 10 de mayo de 1910, se les cobra el precio de 10 centavos por persona, y el de 20 centavos por persona para los señores que van con familia, y el de 30 centavos para los señores que van con familia y con coche.

WADSWORTH

MANAGER OF THE BOGAR DESPIERTO

RONCAR DESPIERTO.

José Rodríguez

ROSCAR DESPIERTO.

RONCAR DESPIERTO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

La propiedad de esta obra pertenece a D. Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los países con quienes haya celebrado o se celebre en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

Los comisionados de la colección de piezas, titulos y folios, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecha el depósito que exige la ley.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

CLARA.
JUANA.

|| TORIBIO.
|| FERNANDO.

La acción pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la coleccion de piezas, titulada *El Teatro Cómico*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Un gabinete: al fondo cama con colgaduras y una ventana.—Á la izquierda, en primer término, una chimenea. En segundo término una puerta de entrada.—Á la derecha la habitacion de Clara. En segundo término una puerta que conduce á la cocina; es de noche—encima de la chimenea una bujía.

Al levantarse el telon, Fernando, vestido de capitán de infantería, entra sigilosamente con una carta en la mano.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO.

No hay nadie. (Mirando por la cerradura del cuarto de Clara.)
Mi mujer borda tranquilamente en su cuarto. (Desdoblando la carta.) Pues señor, la carta de mi amigo Medina no puede estar más terminante. (Lee.) «Querido Fernando: Creo oportuno comunicarte que Dolores ha venido de Sevilla hace dos días y asiste esta noche al baile de máscaras del Teatro Real.—Llevará un domo azul con cintas blancas.—Casado ya con una mujer á quien amas, debes arrebatar á Dolores todas las pruebas de tu antiguo amor hácia ella, pues vengativa y celosa, podría destruir tu felicidad conyu-

»gal. Tu amigo y compañero, Perez.» (Hablado.) No cabe la menor duda que debo arrebatarla todas mis cartas; pues buen genio tiene la andalucita para fiarme de ella. Revolvería á Roma con Santiago, se enteraría todo el batallon, el coronel tomara cartas en este negocio, y... No, no; todo tiene que quedar terminado esta noche. Pero cómo voy yo al Real sin que se entere mi mujer? Verdad es que ella duerme en su cuarto y yo en el mio... Sin embargo, quién confía .. Pues no hay remedio. La reñiré sin fundado motivo, se enojará, se encerrará en su habitacion, y entre tanto iré al baile. No encuentro otro expediente. Manos á la obra. (Gritando y golpeando los muebles.) Esto es insoportable!—No hay medio de vivir en esta casa!

ESCENA II.

FERNANDO y CLARA.

- CLARA. Qué te sucede, Fernando?
FERN. Que esto, más que casa, parece una posada. Nada está en su sitio.
CLARA. Te equivocas.
FERN. Por qué no han hecho la cama, ni arreglado la chimenea, ni traído la lamparilla?
CLARA. (Llamando.) Juana, Juana!
FERN. (Pide refuerzo.)

ESCENA III.

DICHOS y JUANA.

- JUANA. Qué manda usted, señorita?
FERN. Nada. (Necesito alejarla tambien á todo trance.)
CLARA. Traiga usted la lamparilla y arregle usted la chimenea. (Juana sale.)
FERN. Á buena hora mangas verdes. (Se sienta y escribe.)
CLARA. Pero si te enojas sin fundado motivo. Todo está en orden. Míralo.

- FERN. Basta que tú lo digas.
- CLARA. No tal, basta tener ojos. (Juana pone una lamparilla encendida sobre la mesa de noche.—Fernando cierra la carta que ha escrito.)
- CLARA. (Á Juana.) Ahueque usted esas almohadas. Yo encenderé la lumbre.
- FERN. Juana, deje usted eso.
- JUANA. Qué manda usted, señorito?
- FERN. Lleve usted esta carta (Se la da.) á casa del teniente Alcaráz.
- JUANA. Jesus! ahora?
- FERN. Ahora mismo.
- CLARA. Está á una legua de aquí.
- FERN. (Ojalá estuviera á veinte kilómetros.) Es para la madre del teniente. Si por casualidad hubiese ido á alguna tertulia, espera usted hasta que vuelva, para que le dé á usted la respuesta que necesito.
- CLARA. No sería mejor mañana?... Cómo ha de ir esta chica sola?...
- FERN. Los asuntos del servicio no admiten dilacion, y en esa carta se trata de un documento importante para una viudedad.
- JUANA. De modo que tengo que ir?
- FERN. Inmediatamente.
- JUANA. (Cuando yo vuelva á servir en casa de otro capitán!) Y tomará usted la horchata esta noche?
- FERN. Sí.
- JUANA. La hago de pipas de melon?
- FERN. (Distraído.) No, hazla de alpiste.
- JUANA y CLARA. ¡De alpiste?
- FERN. Anda, mujer, anda. (Empujando á Juana.—Después se sienta de mal humor al lado de la chimenea.)

ESCENA IV.

FERNANDO y CLARA.

- CLARA. Ya está encendida la chimenea.

- FERN. En cambio has revuelto todos mis papeles.
- CLARA. Yo?
- FERN. Tú, sí, para leer mis cartas. Creerías ya que ibas á descubrir alguna intriga amorosa.
- CLARA. Ni siquiera me he acercado á tu mesa. Dí que estás malo ó enojado conmigo. ¿No es cierto? Quieres que te haga una tacita de té?
- FERN. No me vengas con zalamerías; para tacitas de té estoy yo.
- CLARA. Pero, Dios mio, qué falta he podido cometer para que así te enojas?
- FERN. Pregúntatelo á tí misma. En dónde has estado esta tarde?
- CLARA. En la Castellana, con mamá.
- FERN. (Famoso pretexto.) Pues ahí tienes el motivo de todo.
- CLARA. De todo?
- FERN. Á qué van las mujeres á la Castellana, vamos á ver? Á lucir sus trajes... á coquetear... á hacer conquistas.
- CLARA. Fernando!
- FERN. Si hubieras estado encerrada en casa no te hubiera escrito una carta llena de piropos ese vizconde extranjero, á quien ando buscando con el santo fin de cortarle las orejas.
- CLARA. Solo tú eres capaz de tomar en serio las ridiculeces de ese tonto.
- FERN. Pié le habrás dado tú para que se atreva á escribirte.
- CLARA. No he reparado en él jamás.
- FERN. Cómo me habías de decir lo contrario?
- CLARA. Qué mayor prueba de mi inocencia que haberte enseñado la carta de ese jóven?
- FERN. Y cómo sabes que es jóven, si no le has visto en tu vida?
- CLARA. Porque supongo que un viejo no se entretendría...
- FERN. Calla, calla, ó no respondo de mi paciencia. (Esto marcha.)
- CLARA. Pues si no respondes de tu paciencia, la mia empieza ya á cansarse, porque esa desconfianza conmigo, de ridi-

- cula va á convertirse en injuriosa. Buena y digna he sido siempre, tranquila está mi conciencia, grande es el amor que te profeso, y no soportaré que me ofendas por más tiempo. (Llora.)
- FERN. Harás lo que quieras. Lágrimas? Mejor que mejor.—No esperes que vaya á consolarte.
- CLARA. Ni tú que te pida perdon por faltas que no he cometido.
- FERN. Rabia cuanto quieras.
- CLARA. Mañana lo sabrá todo mamá.
- FERN. Eso es lo que hace falta.
- CLARA. Y me aconsejará lo que debo hacer.
- FERN. No me opondré á tus planes.
- CLARA. Ingrato!
- FERN. Tarari... tarari... (Cantando.)
- CLARA. Mal corazon!
- FERN. Tarari... tarari... (Id.)
- CLARA. No creas que voy á pasar la noche oyéndote cantar.
- FERN. Bien hecho.
- CLARA. Me marchó á mi cuarto.
- FERN. Y yo me quedo en el mio.
- CLARA. No me siga usted, caballero. (Entra en su cuarto.)
- FERN. En eso pienso.
- CLARA. (Volviendo á abrir su puerta.) Ni llame usted á mi puerta en toda la noche.
- FERN. Aunque se pegara fuego á la casa.
- CLARA. (Volviendo á abrir la puerta.) Tiene usted un corazon de piedra berroqueña. (Cierra.)
- FERN. (Gritando.) Mejor.

ESCENA V.

FERNANDO.

Ya estalló la bomba. (Escuchando.) Echa el cerrojo.—Magnífico!—Pobrecilla! estaba por llamarla y por... bah! mañana me reconciliaré con ella.—Qué me hace falta? (Toma las prendas que dice y que estan sobre una silla.) Frac, corbata, chaleco... Y se pone bonita mi mujer

cuando llora, muy bonita. (Llaman—deja las prendas que tiene sobre el brazo.) Adelante.

ESCENA VI.

FERNANDO y TORIBIO.

TORIBIO. (Desde la puerta—saludo militar.) Poedu entrar?

FERN. Quién es?

TORIBIO. Nadie mi capitan; suy yo.

FERN. Y quién eres tú?

TORIBIO. Turibiu Piloña, de la cuarta del segundo.

FERN. Qué quieres?

TORIBIO. Yo nun quero nada, mi capitan.

FERN. Entónces, por qué vienes, animal?

TORIBIO. Porque envióme el cabu Pustigo de parte del sargentu Puerta...

FERN. Y va de zoquetes.

TORIBIO. Sí, mi capitan.

FERN. Bien, agúardate; voy á vestirme.

TORIBIO. Corriente, mi capitan. (Soplándose los dedos.—Fernando entra entre la cama y la pared, quedando cubierto por las colgaduras.) Cuernu! y qué fresquecitu que hace en Madrid. Tengu lus dedus comu palillos. Tres horas hace, así Dios me salve, que andu pegándume contra las esquinas. Díjume el cabu Pustigo que el capitan estaria en el café del Soizo, peru nada.—Me plantu en la puerta, por si iba más tarde, y nada... digu sí... allí me paró una señora y me diju: «Adios, hermosu,» y yo vulvile la espalda. Vóime al cuartel, y el curneta de mi compañía me dice que el capitan ha ido á la Castellana. Echu las piernas al hombro, voy donde diju el curneta, pero no habia un alma... Paréceme que se han querido burlar de mí. Si lu averiguo le rompu las muelas á alguunu, porque soy gallegu y quintu deste año, y á bruto nun me gana nadie. (Sale Fernando de frac, pantalon negro, etc.)

FERN. Vamos, qué quieres?

TORIBIO. Mi capitan, el sargentu Puerta le envia á usted estus

- papeles.
- FERN. Si, las cuentas del trimestre. Y por qué no ha venido el sargento?
- TORIBIO. Porque le ha dado un dolor de barriga, que se está revulcando lo mesmu cuna lombriz, y el fisicu dice que mañana estará bueno, si no revienta esta noche.
- FERN. Y cómo has venido tan tarde?
- TORIBIO. Porque no pude dar con usted mas trepanu.
- FERN. Ocorre algo?
- TORIBIO. Á mí nada, mi capitan.
- FERN. Ha faltado alguno á la lista?
- TORIBIO. Nadie, mi capitan; pero Anton Butiju no vino porque dicen que le pilló un carro por la nuca. Tampoco vino Sebastian Tiritaña.
- FERN. Como que le cortaron ayer una pierna en el hospital militar.
- TORIBIO. Pues pur esu digo que nu vino.
- FERN. Qué estúpido eres!
- TORIBIO. Nu señor, suy propiamente gallegu.
- FERN. De qué quinta?
- TORIBIO. Paréceme que de la deste mesmo año. Cuándu vulveré yo á ver mis vacas y mi familia!
- FERN. (Arreglándose de pié delante de un espejo.) Tambien echarás de ménos á tu novia.
- TORIBIO. Ah! mi capitan... á mí nun me gustan las mujeres, porque quitan las ganas de cumer.
- FERN. Seguro estoy yo de que tenias amores.
- TORIBIO. Una subrina del sacristan, guapa moza, mejorandu lu presente, me buscaba á mí. Un día que nus encontramos en la fuente quisu abrazarme.
- FERN. Y tú qué hiciste?
- TORIBIO. La pegué tal patada que cayóse dentro del pilon.
- FERN. Qué barbaridad!
- TORIBIO. Nu, señor, ya nu se la cunoce la descalbradura que se hizo.
- FERN. Buen sistema. (Esenchando en la puerta del cuarto de Clara.) (Me parece que llora.—Temblando estoy que la dé la

idea de volver á reconvenirme cuando esté yo fuera y se entere de mi fuga.)

TORIBIO. Manda usted algu, mi capitan?

FERN. No, vete. (Ah! qué idea... sí; por qué vacilo?) (Llamando.) Piloña!

TORIBIO. (Cuadrándose.) Presente, mi capitan.

FERN. Qué cara de bruto tienes!

TORIBIO. Soy bruto y tengo fuerzas, mi capitan.

FERN. Sabes roncar?

TORIBIO. Runcar... la urdenanza nu dice...

FERN. Ronca.

TORIBIO. Delante de usted me da vergüenza.

FERN. Ó roncas, ó te envío al calabozo. (Toribio ronca.) Más fuerte. (Toribio ronca más fuerte.) Perfectamente; me he salvado. Márchate á la cama.

TORIBIO. Con permiso de usted, mi capitan.

FERN. Dónde te vas?

TORIBIO. Usted mandóme que me fuera al cuartel.

FERN. No tal, á esa cama. (Indicando la suya.)

TORIBIO. Peru nun vamos á caber lus dos.

FERN. Imbécil! yo tengo que asistir á un consejo de guerra.

TORIBIO. Á las doce de la noche! (El capitan nu está bueno.)

FERN. Ponte este gorro de dormir y á la cama volando.

TORIBIO. Pero mi capitan!...

FERN. Ó á la cama ó al calabozo.

TORIBIO. Pos vóyme á la cama. (Se pone el gorro y entra vestido en la cama.)

FERN. Tápate cuanto puedas—más arriba esa manta.

TORIBIO. Déjeme fuera las narices, mi capitan.

FERN. Media vuelta hácia la pared. (Toribio la da.) Si oyes que se abre alguna puerta, ronca, si la criada viene, ronca; si te preguntan algo, ronca, y sobre todo no pronuncies una palabra por nada de este mundo.

TORIBIO. Está bien, mi capitan.

FERN. Ya estoy tranquilo, volveré todo lo más dentro de un par de horas. Conque ya lo sabes, muchacho, callar y roncar, de lo contrario quince dias de calabozo. (Váse.)

ESCENA VII.

TORIBIO, luego JUANA.

TORIBIO. Que me fusilen si entiendo pur qué hay consejo de guerra á las doce de la noche, é pur qué me manda el capitán que me meta en su cama. Debe estar algu malu. Y qué blanda que está la cama, nun se parece á lus culchones de la provision. Se oye ruido. Voy á cumplir la cunsigna. (Se vuelve y ronca. Entra Juana con una bandeja, una botella y dos vasos, que coloca sobre la mesa de noche.)

JUANA. Señorito, aquí le traigo á usted la horchata. Tiene usted algo más que mandarme? Ahora voy á llevar la carta á casa del teniente Alcaráz. (Toribio ronca muy fuerte.) ¡Ave Maria purísima, qué manera de roncar. (Id.) Anda, anda, parece un cañon de á ocho.—Qué narices tan privilegiadas. Pues ya que duerme tan bien, voy á dar á mi señorita la carta que me ha entregado para ella ese conde extranjero, que no me deja ni á sol ni á sombra. Si el amo lo supiera... (Mirando con recelo á la cama.) Bah! quién dijo miedo, á mí me paga bien, y edad tiene ya la señorita para saber lo que ha de hacer. (Llama con cuidado á la puerta. Á media voz.) Soy yo, señorita. (La puerta se abre, Juana entra.)

TORIBIO. Dijo la criada que estu era hurchata. Si será de chufas. Estaba pur probarla. (Bebe un vaso.) Caramba! y qué buenu es estu. Quisiera que me numbraran capitán pur beber hurchata todas las noches. Voy cun otro vaso... Utra vez gente, á runcar, Turibio. (Se vuelve.)

JUANA. Se ha enfadado, tanto peor, porque me dan cartas para ella. Qué culpa tengo yo. Ronca, hijo, ronca hasta que derribes el tabique.—Llevemos ahora la otra carta ¡que casa! (Se marcha.)

ESCENA VIII.

CLARA y TORIBIO.

CLARA. (Con una carta en la mano.) Lo más prudente es entregar esta carta á mi marido para que la abra, la lea y tome la determinacion que crea más oportuna... Por otra parte, si mi ligereza fuese causa de un desafio, de un escándalo... Oh! qué posicion! Mi honra ante todo, pruebe yo mi inocencia y suceda lo que quiera. Fernando. (Llamando con dulzura.—Toribio ronca.) No me oyes, Fernando. Jesus, qué sueño! Segura estoy de que roncas para enojarme. No, pues te engañas si crees que voy á marcharme. Tenemos que hablar de un asunto muy importante del cual depende acaso nuestra felicidad.—Me ha escrito ese vizconde extranjero que tanto te incomoda. (Toribio ronca.) Eso es ya una tontería que no tiene nombre. No me exasperes, por Dios. Fernando, Fernandito... Sí, pues yo te haré contestar. Voy á pegar fuego á las colgaduras de la cama. (Coge la lamparilla. Toribio se vuelve asustado.)

TORIBIO. Nu pegue fuego, nu pegue fuego, que voy á asarme vivu.

CLARA. Ay! un desconocido, ladrones, ladrones!

TORIBIO. Nu grite, señora, que nun soy ladron.

CLARA. Un soldado ¿qué significa esto? por qué está usted en la cama de mi marido? ¿quién es usted?

TORIBIO. Señora, nu me pregunte nada, porque si contesto me fusilan.

CLARA. Dios mio, y la criada que se ha marchado dejándome sola. Oh! qué sospecha si este hombre fuera... (Abre precipitadamente la carta que tiene en la mano.) «Señora; no habrá obstáculo que me impida llegar hasta usted. Ya con un disfraz, ya con otro y empleando cuantas lenguas y dialectos sean necesarios, me encontrará usted siempre á su lado ávido de escuchar el armonioso sonido de su voz y de admirar sus adorables hechizos...»

(Dejando de leer.) No hay duda, es él. Atreverse á penetrar hasta aquí! comprometerme de este modo. Ah! caballero, su conducta de usted es infame.

TORIBIO. Infame! é pur qué?

CLARA. Ese acento gallego y ese traje de soldado no me engañan. Su carta de usted me lo revela todo. Ha espiado el momento en que mi esposo, no sé por qué causa, abandonaba su casa, ha alejado á mi criada pagando su servicio á peso de oro, ha penetrado used en esta habitacion con una osadia increíble, pero todo es en vano, señor vizconde, porque su conducta de usted solo me inspira desprecio.

TORIBIO. Pocu á pocu, yu entré...

CLARA. Para probar una vez más que es usted un vil y un cobarde.

TORIBIO. Lo que es cobarde, nun soy cobarde.

CLARA. Conozco su vida de usted, caballero.

TORIBIO. (Será de la tierra.)

CLARA. Más de una vez he oido referir en el mundo el infame lazo que tendió usted á la condesa de Carlo-magno.

TORIBIO. El Cabu Magro nu es del batallon.

CLARA. Y es usted el que se llama caballero!

TORIBIO. Yu me llamo Piloña.

CLARA. Esa grosera farsa le deshonorra á usted á mis ojos.

TORIBIO. (La capitana tãmpocu está buena.)

CLARA. Por qué no se casó usted con la desgraciada Elisa.

TORIBIO. (Otra te pegu.)

CLARA. Debiera usted haberse suicidado antes de abandonarla.

TORIBIO. Que me hagan pepitoria si he visto en mi vida á la tal señora.

CLARA. Oh! salga usted de mi casa inmediatamente.

TORIBIO. Nun deseo otra cosa; pero que se sepa que he runcadu bien. (Se marcha.)

CLARA. Y el miserable se marcha burlándose de mí. Tal vez irá á contar ahora á sus amigos que ha penetrado en en mi casa... Oh! qué desgraciada soy!

TORIBIO. (Volviendo.) Señora...

- CLARA. Aun está usted aquí.
- TORIBIO. Sí señora, porque la criada marchóse echando la llave por fuera á la puerta de la escalera.
- CLARA. Qué cúmulo de iniquidades! Encerrados, encerrados, Dios mio.
- TORIBIO. Bastante lu siento yo.
- CLARA. Calle usted, hombre inícuo. Esa criada infame no ha hecho más que cumplir sus órdenes de usted! Ah! Señor vizconde, me ha perdido usted.
- TORIBIO. Dale con lu del vizconde. Señora, yu, aunque nu veo, veo con mis dos ojos.
- CLARA. Es necesario que salga usted á todo trance antes que vuelva mi espeso, á ménos que no tenga usted el proyecto de asesinarme.
- TORIBIO. Libreme Santiajo de Cuvadonga.
- CLARA. (Abriendo la ventana de la derecha.) Ah! Salte usted inmediatamente por esta ventana.
- TORIBIO. Y adónde iré á parar?
- CLARA. Á la meseta de la escalera.
- TORIBIO. Y si me rumpo la crisma?
- CLARA. Vamos, pronto, pronto.
- TORIBIO. Pero, señora...
- CLARA. Salte usted.
- TORIBIO. Esta noche danme viruelas. (Salta por la ventana.)
- CLARA. Por fin respiro. (Se oyen los ladridos de un perro y gritos de Toribio.)
- TORIBIO. Ay, ay; tuso, tuso.
- CLARA. Ay, Dios mio, el perro de la porteria!
- TORIBIO. (Volviendo á entrar precipitadamente por la ventana.) Ay! malditu mastin, comióseme media pantorrilla.
- UNA VOZ. (Fuera.) Ya he visto de qué cuarto ha sido.—Mañana se lo contaré al casero.
- CLARA. La voz del portero. Ah! Señor vizconde, por fin ha conseguido usted comprometerme.
- TORIBIO. Yo nun comprometu á nadie.
- CLARA. Tenga usted lástima de mí, huya usted, de hinojos se lo pido.

- TORIBIO. Señora, yo nun quero que me coma el mastin, caramba!
- CLARA. Pero cómo puede un perro detener á un hombre de honor?
- TORIBIO. Vaya, señora; yo ni soy un hombre de honor, ni cumpliendo lo que usted me dice, ni quiero callar más tiempo. Yu me llamo Turibio Piloña, y soy soldado de la cuarta del segundu.
- CLARA. Qué oigo! realmente es usted un soldado raso?
- TORIBIO. Fijamente lo soy. Púsome el capitán de centinela en esa cama, y díjome: ronca y nu hables.
- CLARA. Otro nuevo embrollo; pero á dónde ha ido mi esposo?
- TORIBIO. Al consejo de guerra.
- CLARA. Qué consejo de guerra?
- TORIBIO. Eso digu yo, qué consejo será de parte de noche.
- CLARA. No, no; todo eso es una impostura. Si yo encontrase algun dato, algun papel... (Busca por todas partes con ansiedad.) Nada.—Ah! qué idea; he oido decir que esta noche hay bailes de máscaras... (Cogiendo la levita de uniforme de Fernando.) Á ver si en los bolsillos de esta levita. Ah! (Saca una carta, leyendo.) «Querido Fernando: creo oportuno anunciarte que Dolores...» (Hablando.) Infame! (Sigee leyendo bajo.)
- TORIBIO. (Paréceme que pur esa Dolores me van á calentar las custillas!)
- CLARA. Una cita... en el Real... Oh! (Llora.)
- TORIBIO. (Cuando digu que hay belén y que lu voy á pagar yo.)
- CLARA. Ahora lo comprendo todo... su fingido mal humor, sus celos supuestos... Ingrato, pérfido! Ah! la rabia, la emocion... yo muero... (Cae desmayada sobre una silla.)
- TORIBIO. San Bruno! que le da la pataleta.—Mi capitana... mi capitana... qué hago yu ahora con esta mujer? Vamos, mi capitana, nu lu tome tan á pecho. Esa doña Dolores será una cunucida antigua. Demoniu! ahora le da

más fuerte. Ah! la hurchata. (Echa un vaso.) Beba un poco, mi capitana... Me la beberé yo á ver si se alivia. (Bebe.) Ah!... qué buena está.

CLARA. (Volviendo.) En el Real!!

TORIBIO. (Ya se alivió con lo que yo me bebí.)—Acuéstese, mi capitana.

CLARA. Para dormir estoy yo: lo que tengo es fiebre, ira. (Trinando los muebles y paseándose muy agitada.—Toribio levanta las sillas.) Estése usted quieto.

TORIBIO. (Á que me pega tambien la capitana!)

CLARA. Diga usted algo, hombre; distráigame usted, ó me da otro ataque.

TORIBIO. (Pues esta es más negra.)

CLARA. Hable usted, por Dios. ¿Qué pasa en el cuartel?

TORIBIO. (Cuadrándose.) El sargentu Puerta tiene un cólico, y el fisicu dice que mañana estará bueno si nun revienta esta noche.

CLARA. Otra cosa.

TORIBIO. Sebastian Tiritaña no vino á la lista porque le curtaron una pierna.

CLARA. Jesus! qué alcornoque!

TORIBIO. Eso digu, es un alcornoque, yo no me habria dejado cortar nada.

CLARA. Qué hombre tan tonto.

TORIBIO. Lus extremeños son muy tontos; lus gallegos somos más listus.

CLARA. Ah! oigo ruido.

TORIBIO. Pues ahora sí que me van á hacer hablar. Estoy temblando.

CLARA. (Escuchando.) La criada y mi marido.—Se han encontrado sin duda en la escalera.—Métase usted corriendo en esa cama.

TORIBIO. Otra vez?

CLARA. Póngase usted el gorro de dormir. (Toribio se pone el gorro y se vuelve hácia la pared.)

TORIBIO. Ronco, mi capitana?

CLARA. Silencio. (Coge la luz que trajo y entra en su cuarto.)

ESCENA IX.

FERNANDO.

Sin el encuentro de la criada, todo hubiera salido á pedir de boca; temo que cuente á su ama... En fin, ya estan en mi poder las prendas amorosas que en otro tiempo dí á Dolores y ya estoy más tranquilo. Pobre muchacha! qué cambiada está; me parece que desde que la he vuelto á ver quiero más á mi mujer. Qué diferencia; la una ajada, la otra hermosa y risueña como una alborada de primavera. (Escuchando á la puerta de Clara.) Dormidita está como una niña de dos meses. Lo que es la inocencia! Y yo que he tenido valor de ofenderla por ir al baile! Ya puede estar segura de que será la última vez que la haga llorar. Despertaremos á este zoquete, que no habrá hecho más que roncar, para que se vuelva á su cuartel. (En el momento en que va á abrir las colgaduras, aparece Clara en la puerta de su cuarto.—Fernando se vuelve con rapidez.)

ESCENA X.

CLARA, FERNANDO.

- CLARA. (Ahora me toca á mí vengarme.) ¡Qué es eso, Fernando mio, levantado ya á las tres de la madrugada?
- FERN. (Y yo que la creía dormida.) Sí, tengo que examinar las cuentas del trimestre.
- CLARA. Y para revisar las cuentas de la compañía te vistes de frac?
- FERN. En efecto, estoy de... pues mira, no lo habia reparado, creí que me habia puesto la bata.
- CLARA. Distraccion peregrina.
- FERN. Qué quieres? la incomodidad que tuvimos anoche me trastornó de un modo...
- CLARA. Como á mí, que no podia descansar ni vivir hasta que vine á buscarte.

- FERN. Eh! qué?... que has venido á buscarme?
- CLARA. Pues no te acuerdas?—Hace cosa de una hora.
- FERN. (Yo sudo.)
- CLARA. Y bien dormidito que estabas.
- FERN. Mira bien lo que dices, Clara. ¿Yo estaba dormidito?
- CLARA. Ya supongo yo que roncabas para hacerme rabiar, pero por fin mis afectuosas palabras lograron conmoverte, y.
- FERN. Y... acabe usted, señora.
- CLARA. É hicimos las paces.
- FERN. (Dejándose caer sobre una silla y limpiándose el sudor que inunda su frente.) ¡Hicimos las paces!!
- CLARA. Qué es eso, te pones malo, Fernandito mio?
- FERN. Sí, me parece que sí... (Siento calofrios, ¡qué habré pasado!)
- CLARA. Si vuelves á enojarte conmigo me marchó á mi cuarto.
- FERN. No se marchará usted, señora; quiero, exijo una explicacion terminante de lo que aquí ha sucedido.
- CLARA. Pero estás loco? acaso no lo sabes tú lo mismo que yo?
- FERN. No por cierto; y eso es precisamente lo que me vuelve loco. Hable usted ad momento.
- CLARA. Dios mio, qué cambio tan repentino. Esto no puede sufrirse.
- FERN. Pero desventurada, explícame...
- CLARA. No hace falta explicacion; usted no es el esposo que he encontrado aquí antes; aquel era bueno, cariñoso.
- FERN. No me lo digas ó cometo una atrocidad. Estoy fuera de mí.
- CLARA. Ay! me asusta usted.—Socorro. (Entra corriendo en su cuarto y cierra por dentro.)
- FERN. Abra usted, señora. (Golpeando la puerta.) Abra usted ó hago pedazos la puerta.
- CLARA. (Dentro.) Que usted pase muy buenas noches.

ESCENA XI.

FERNANDO, TORIBIO.

- FERN. No sé lo que me pasa, toda la sangre afluye á mi cabeza, creo que me va á dar un ataque. (Corriendo á la cama.) Piloña!
- TORIBIO. (Saltando de la cama.) Presente, mi capitán.
- FERN. Voy á levantarte la tapa de los sesos.
- TORIBIO. (Ya pareció aquello.)
- FERN. Qué ha pasado aquí?
- TORIBIO. Señor, la capitana cumprumetióme pur hablar.—Yu bien runcaba cuandu ella vino.
- FERN. Dime qué ha pasado aquí ó te descuartizo.
- TORIBIO. Perdóneme usted, mi capitán.
- FERN. No hay perdon, cuenta todo lo que has hecho.
- TORIBIO. Señor... yu nun tuve la culpa. (Ya está mirando la butella de la hurchata.) Comu estaba á la cabecera... y uno, aunque gallego, es hombre, y... vamos, hice lo que hubiera usted hecho.
- FERN. Te voy á desollar vivo.
- TORIBIO. Yu pagaré la hurchata si es por esu.
- FERN. Y quién te habla de la horchata, animal. Me refiero á mi esposa.
- TORIBIO. Ah! pues entró la capitana, peru yo runcaba, mi capitán.
- FERN. Y luego?
- TORIBIO. Tambien runcaba.
- FERN. Y luego?
- TORIBIO. Luego ya nun runcaba.
- FERN. (Agarrándole por el cuello.) Pues qué hacias, beduino? habla, ó te estrangulo.
- TORIBIO. Sucurrer á la capitana.
- FERN. Y por qué socorrias tú á la capitana, cernicalo?
- TORIBIO. Porque desmayóse al creer que yu era un ladron.
- FERN. (Soltándole.) Y volvió?
- TORIBIO. Sí, mi capitán, y para que nun tuviera miedo le dije

quién era, y se puso muy furiosa, y encontró una carta, leyóla y...

FERN. Y te voy á mandar pegar cuatro tiros.

TORIBIO. (Arrodillándose.) Pur Santiajo de Cubadonga! no haga esa barbaridad, mi capitan, que yu he runcado todú lo que he podido.

FERN. No hay piedad, miserable.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLARA.

CLARA. Ese rigor es injusto, caballero; porque si aquí hay algun culpable es usted.

TORIBIO. (De rodillas.) (Esta mujer es una gran capitana.)

CLARA. (Á Fernando.) Tome usted esta carta y muera usted de vergüenza.

FERN. Lo sabes todo, pero tu enojo no tiene fundamento, puesto que el motivo que me ha conducido al teatro Real ha sido el de arrebatar á una mujer á quien amé antes de conocerte y que me es hoy completamente indiferente, unas pruebas que podian turbar nuestra felicidad.

CLARA. Es verdad lo que dices?

FERN. (Dándole un paquete de cartas.) Mira esas cartas para convencerte de la sinceridad de mis palabras y arrójalas al fuego.

CLARA. Me basta con saber que me amas.

FERN. Oh! Clara mia, con todo mi corazon.

TORIBIO. Puedu marcharme, mi capitan?

FERN. Sí; pero mañana entrarás en el calabozo por haber faltado á tu consigna.

TORIBIO. Tuvo la culpa la capitana, y en cuantu á la hurchata yu pagaré las dos copas que bebíme, y esu que nu estaban bastante dulces.

CLARA. Yo intercedo por él y te ruego que le perdones, ya que ha contribuido indirectamente á mi felicidad.

TORIBIO. (Cuanlo digu que es una gran capitana.)

FERN. Ya estás perdonado.—Márchate, pero ten en cuenta que si hablas de esto en el cuartel, no hay salvacion para tí.

TORIBIO. Primeru me curtan la lengua. Á la órden, mi capitán.
(Se marcha y vuelve al público.)

Al dejar estas paredes
dunde sufrí sin razon,
señores, pur compasion...
nun me desairen ustedes
si tienen buen curazon.

FIN DE LA COMEDIA.

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en
que su representacion se autorice.*

Madrid 2 de Mayo de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Mañzano.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Ruiz.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Marti.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Muro.	Idem.....	Moya.
Alicante.....	Viuda de Ibarra.	Mataró.....	Clavel.
Almeria.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andrio.
Avila.....	Lopez.	Orense.....	Perez.
Badajoz.....	Coronado.	Orihuela.....	Martinez Alvarez.
Barcelona.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	V. de Bartumens.	Oviedo.....	Martinez.
Bejar.....	Lopez Coron.	Palencia.....	Hijos de Gutierrez.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Rios.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Buceta Solla y compañia.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena.....	Pedreño.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	J. Maria de Soto.	Ronda.....	V. ^a de Gutierrez.
Ceuta.....	M. G. de la Torre.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real.....	Acosta.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar.....	Oña.
Córdoba.....	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Coruña.....	Lago.	Santander.....	Hernandez.
Cuenca.....	Mariana.	Santiago.....	Escribano.
Ecija.....	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol.....	Taxonera.	Segorbe.....	Gra. Campos.
Figueras.....	Viuda de Bosch.	Segovia.....	Salcedo.
Gerona.....	Dorca.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Soria.....	Rioja.
Granada.....	Zamora.	Talavera.....	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona.....	Font.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Teruel.....	Baquedano.
Haro.....	Quintana.	Toledo.....	Hernandez.
Huelva.....	Osorno é hijo.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Valencia.....	I. Garcia.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Idem.....	J. Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	A. Juan.
Logroño.....	Brieiba.	Ubeda.....	Perez.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia